

# REVISTA LITERARIA

## DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

### ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

Una tertulia de confianza.

(CONCLUSION.)

Grande es la afluencia de compromisos, á causa de las muchas relaciones de Doña Liboria, compromisos que se resuelven todas las noches en el consejo pleno de la tertulia. Por último el día de la función ha llegado y ocupa el salon del teatro esa numerosa concurrencia, que acude siempre á esta especie de diversiones.

Doña Liboria y Don Calcedonio á fuerza de bermellon y albayalde se apresuran cuidadosos á quitarse veinte ó treinta años de encima, al mismo tiempo que la señorita de la casa y el subteniente de milicias se desfiguran con todas las flaquezas y visibles desengaños de una inexorable naturaleza. Todos los actores varian de clase, edad y condicion, á la manera de génius maléficis que varian de formas á la mágica voz del conjuro. De telon adentro todo es confusion y algazara: de telon á fuera todos son deseos de ver puesta en escena la obra de nuestro *¡mortal Pepito*.

No sin tardanza se empieza la representacion: cada actor que sale á la palestra es una nueva metamorfosis, cada uno ofrece nuevo pasto á la satira mordáz de los maledicentes. Los parientes y amigos de los actores se empeñan á porfia en hacer ver que su *apadrinado* es bueno y que la comedia *marcha* indudablemente: mientras los necios aplauden, los desvergonzados se rien y los entendidos callan. Pero la representacion se ha interrumpido. Llegó el momento en que debía salir el subteniente, y el subteniente entre bastidores y entretenido con la morena de ojos negros se olvida de que á la edad que representa son impropios esos chicleos, pues ni aun siquiera se acuerda de que puede caer en falta. No le bastan las insinuaciones de los actores; no le bastan

tampoco los chicheos de Pepito, que hace lo posible por llamarle la atencion desde el bastidor opuesto. Un sordo murmullo crece paulatinamente en la sala entre los espectadores. Pepito, á quien estaba encomendada la direccion de la escena, corre fuera de sí hasta el subteniente y le hace descender de su *mundo ideal* con una brusca insinuacion. El subteniente, que halló el oportuno momento de añadir un hecho heroico á su hoja de servicios, se acuerda de que es el representante del *derecho de la fuerza*, y descarga sin miramiento alguno su mano contra la inocente mejilla de Pepito, produciendo un singular chasquido que hizo pronunciarse en risas al auditorio. El subteniente sale á la escena á proseguir la representacion, cesa el tumulto, y Pepito, víctima de su zelo y de las grotescas caricias del oficial, vuelve prudente á su obligacion sin cuidarse mas que de adquirir los lauros á que aspiraba aquella noche. Pero aquella noche su suerte es enemiga. La comedia queda interrumpida en el primer intermedio por indisposicion de la señorita de la casa. La señorita de la casa por indisposicion, por orgullo, por temor ó por coqueteria, no puede continuar la ejecucion, y esta desagradable ocurrencia pone en tortura á todos los actores y tertulianos.

La comedia no puede suspenderse, porque este seria un golpe en vago, atendido lo numeroso de la concurrencia, y mas que todo porque Pepito exige que se continúe y el fallo de Pepito es inapelable en la tertulia de Don Calcedonio. ¿Pero quien se encarga repentinamente del papel de caracteristica que desempeñaba la señorita de la casa? Fácil es la solucion de este problema: nadie.

En tal apuro Pepito, como autor de la comedia y primer interesado en su ejecucion, propone á la asamblea vestirse de vieja, papel que admite disfraces, y salir de este modo de situacion tan embarazosa. Por aclamacion general es admitida la propuesta como medida extraordinaria que reclaman las circunstancias, y Pepito sin perder tiempo se desaloja de su peluca rizada y rubia, y se coloca en su lugar una de mu-

ger, empolvada con almidon., se afeita el ensortijado vigote (nueva víctima que inmola esta noche en las aras de la gloria) y con pecho, espalda y caderas sobrepuestas se ajusta un vestido de Doña Iiboria que apenas es guardapiernas. Con estos atavios nuestro héroe se apresta orgulloso á aburrar solemnemente de su sexo y á consumir la obra de su degradacion.

Mientras tanto el intermedio se ha prolongado mucho, y los espectadores detenidos por una violenta ley de urbanidad desean con ansia ver el término feliz á la funcion de aquella noche. El nombre de Pepito corre de boca en boca, y su salida á las tablas produce una sensacion admirable. Pepito sigue impávido en la ejecucion de su papel, pero otra desgracia mayor habia de entorpecer sus triunfos. En un diálogo sumamente animado con el subteniente de marras, y poseidos ambos actores de su papel, en un descuido culpable del subteniente quedó enredada y pendiente de un boton de la manga de su levita la peluca apócrifa de su bella interlocutora, quedando al aire libre la cabeza calva y monda de Pepito, donde reflejaban como en un espejo las luces opuestas de los bastidores.

A tal aspecto, olvidando los concurrentes toda clase de miramientos sociales, forman tal confusion y algazara que mas parecia la sala una plaza de toros que un teatro de aficionados. Pepito que en medio de aquel trastorno vé desaparecer en un momento sus mas brillantes sueños de gloria, vuelve á colocarse maquinalmente la peluca, y el moño le resulta en la frente y los rizos en la espalda. Esta nueva circunstancia acabó de llenar la medida. Cada uno de los espectadores grita á su modo; se multiplican las risas prodigiosamente, y por convenio especial entre los actores se resuelve dar un corte á la fatal comedia y concluir de una vez tan desagradables ocurrencias. Este fallo cruel fué el último golpe para las esperanzas de Pepito. Y Pepito, el *dige mimado* de la tertulia, que vió hundirse su gloria á manos del que quiso labrar su afrenta (si mucho no me engaño) renegó esta noche de su suerte, quizá por la primera vez en su vida.

Al dia siguiente salí de aquella Ciudad sin que hasta ahora haya podido separar un punto de mi memoria los singulares recuerdos de la tertulia de D. Calcedonio.

Po Garcia.

## BALADA.

### A ENRIQUE.

Flor de suave fragancia  
Que el pensil embalsamó  
Y el huracan arrastró  
Son los sueños de mi infancia.

Pasaron ¡ay! y con ellos  
Perdió el alma sus amores,  
Y de fantasmas tan bellos

¡Qué quedan sino dolores!

Los ángeles de alegría  
Que pintó mi fantasia  
¿qué se hicieron?  
De los azules espacios  
Mis encantados palacios  
¿Donde fueron?  
Los ensueños seductores  
Que vagaban en mi mente  
¿donde están?  
¿Y las coronas de flores  
Quien las robó de mi frente?  
—El huracan.

Rosas frescas y lozanas  
Que aromasteis un Eden,  
¿Por qué en breve tan galanas  
Os secásteis en mi sien?

¡Ah! fuente que en abundancia  
Dió raudales de agua pura,  
Y agotada hoy no murmura,  
Son los sueños de mi infancia.

J. NUÑEZ DE PRADO.

## El Arpa de Berta.

(LEYENDA.)

Solos estaban una tarde el jóven músico Rodulfo Arnheim, y Berta, la mas gentil doncella de Maguncia. Rodulfo y Berta, eran prometidos esposos, y sin embargo iban á separarse al dia siguiente: porque Rodulfo habia de ir á cierta provincia distante para estudiar allí dos años con un hábil profesor, y á su regreso el padre de Berta haria en su favor renuncia del empleo de maestro de Capilla y le daria á su hija.

«Berta, dijo Rodulfo, vamos á tocar otra vez juntos tu sonata favorita. Cuando nos hallémos separados, al tiempo de declinar el dia, que es la hora de los pensamientos graves, tocaremos cada uno nuestra parte, y esto nos aproximará uno al otro.»

Berta, oyendo esto, tomó el arpa, Rodulfo la acompañó con la flauta, y tocaron una y otra vez la sonata de que Berta gustaba tanto. Luego que acabaron comenzaron á llorar y se dieron un abrazo: Rodulfo partió.

Ambos cumplieron fielmente su promesa. Todas las tardes á la hora en que se habian visto la última vez, Berta se ponía al arpa, Rodulfo tomaba la flauta, y cada uno tocaba la parte correspondiente de la sonata. Esta hora de la tarde es solemne y misteriosa, dispone invenciblemente á la meditacion; en los vapores rojizos que se elevan ácia el horizonte parece que vemos aparecer vivos y animados todos nuestros recuerdos, todos nuestros sucesos, los unos risueños y coronados de rosas, los otros pálidos y velados de un crespon.

A tales horas, el último susurro que hace el viento conmoviendo las hojas de los árboles, parece que modula aquellos cantares que nos reproducen suaves y tristes memorias: porque la música es la voz del alma.

Rodolfo se paraba á veces; se figuraba oír las vibraciones del arpa de Berta, mezcladas con los sonidos de su flauta; y así se pasaron los dos años.

Una tarde se paseaba Berta con su padre bajo el pabellon de su jardín. Este pabellon estaba formado por cinco grandes aromos, que juntaban por arriba el ramaje de sus copas, y sus racimos blancos y olorosos; algunas lilas de un verde sombrío, colocadas entre los aromos, cerraban los claros con sus frondosas ramas: tres ó cuatro madreselvas subían al rededor de los aromos y dejaban pender largas y floridas guirnaldas.

Al través de la estrecha entrada del pabellon se veía en el horizonte una faja purpúrea producida por los reflejos del sol al ponerse. Esta era la hora consagrada á los recuerdos: Berta empezó á tocar en el arpa la sonata favorita; de repente se detiene y escucha.

Todo estaba en silencio; aun el viento deja á esta hora de agitar la enramada: Berta vuelve á empezar la sonata, y oye claramente la flauta de Rodolfo que la acompañaba; del mismo Rodolfo que estaba ya de vuelta.

Dos años despues ya tenían Rodolfo y Berta una niña lindísima, fruto amado de una union que el padre de Berta habia bendecido antes de morir. Rodolfo era maestro de Capilla, y el sueldo de su plaza daba á los dos jóvenes lo necesario para vivir cómodamente.

Acababa de comprar Rodolfo una casita preciosa, detras de la cual se encontraba un cobertizo de tilos, y delante un verde pradecillo en donde la niña jugaba alegremente. Las paredes blancas estaban tapizadas con grandes rosales de Bengala; y todo esto tan bien cerrado que no habia una sola hendidura en las puertas por donde pudiesen penetrar las miradas de los de afuera; porque las personas dichas siempre son de un acceso difícil.

(Se concluirá)

## REVISTA TEATRAL.

Pues señor, tomemos la pluma y emprendamos nuestra tarea semanal, que á cualquiera parecerá muy obvia, pero que á mi me parece (y esta opinion es para mi muy respetable) la mas *peliguda* y cruel que puede darse.

*Quince años despues* es la primera comedia que se presenta á nuestra censura, comedia de prólogo y de inesactitudes, como se deja conocer por el título, pudiéndose decir que presenta la horca antes del lugar. La ejecucion contribuyó eficazmente para que gustase menos aun de lo que debiera.

*El sitio de Zamora* es una mancha indeleble en la carera literaria del Sr. Breton. Carece de interés, pero en cambio abunda en despropósitos y en

escenas de mal efecto. El último acto no creemos que pueda empeorarse. En Madrid disgustó en su primera representacion, y á nuestro entender con sobrada justicia. La ejecucion fué regular.

*Las travessuras de Juana*, de los Sres. Dóncel y Valladares, es una de las comedias que hacen más honor á nuestra literatura dramática; abunda en chistes y en bellas situaciones cómicas; su versificacion es fluida y armoniosa, y el público por su parte le rindió el debido tributo con sus aplausos. La ejecucion fué buena; y en gracia de la verdad la mejor que hemos visto en la presente temporada. La Señorita Doña Amalia Rico, la joya más preciada de la compañía, estuvo inimitable en algunas escenas, la Señorita Rico merece con justicia la calificacion de buena actriz, y es sin disputa de lo mejor que hemos visto en el teatro de Córdoba. El Sr. Pacheco estuvo bastante bien, y nunca mereció como en esta noche, nuestros elogios y los del público.

Los chicheos repetidos no le hubieron de caer en gracia al Sr. Albarran y tubo el descoco de dirigirse al público para manifestarle su deber, indicándole que él hacia lo posible por agradar, y no podía conformarse con los silvidos que con más ó menos justicia le regalan diariamente los espectadores. Esta incalificable osadia fué castigada oportunamente por la autoridad, quedando de este modo satisfecha la concurrencia, que tiene el derecho de silbar y de aplaudir, derecho que no puede arrebatársele impunemente porque si es verdad que algunas veces quisieramos mas comedimiento por parte del público, no podemos menos de reconocer en él un juez competente y severo, cuyos fallos no admiten apelacion.

R. GARCIA.



## RECUERDOS Á CÓRDOBA.

A DON FAUSTO GARCIA I TENA.

Córdoba! oh nombre que en mi oído suena,  
llenándome de gratas emociones:  
adorada Ciudad, donde serena  
henchíase mi alma de ilusiones;  
de dichas tu recuerdo ahora me llena,  
que el centro se halla en tí de sensaciones;  
pues abrigas en tí la hermosa mia,  
que suspiros me roba noche y día.

Ausente me deshago en triste llanto,  
pues ya tu playa de placer no miro;  
perdido para mi tu dulce encanto  
mi vida paso en eternal suspiro:

pesar hallo no más, solo quebrauto  
do quiera que mis ojos luego giro,  
que lejos de tu clima delicioso  
apuro de la hiel el vaso odioso.

Yo vi un angel de Dios en forma humana,  
del empireo bajado en tu ribera,  
y en mi pecho nació pasión tirana,  
pasión que aun no ha cesado, fiel, sincera;  
y desde entonces la fortuna insana  
á querer condenó mi vida entera,  
y amar el sino fué que hallé aquel día,  
y de amores morir en mi alegría.

Dichosas para mi tus horas fueron,  
que el placer apuré en mi desvario;  
mas... días de terror luego siguieron,  
y en vano aquel placer ávido ansio....  
aquellos soles para mi murieron...  
prisionera quedara mi alvedrio;  
y solo ya un á Dios puede enviarte,  
deliciosa Ciudad, quien sabe amarte.

A Dios, Emperatriz de Andalucía,  
oh Córdoba querida! en cuyo suelo  
habita la que adora el alma mia;  
tiende sobre ella el manto de consuelo;  
no la digas mi llanto, y si algún día  
suspirará por mi... calma su anhelo,  
y dila que pensando en su memoria  
encuentro el bien supremo de la gloria.

Guardame de su pecho el fuego puro,  
para un bálsamo hallar en mis pesares.  
Vivir para su amor de nuevo juro:  
alégrala con fiestas y cantares,  
mientras yo en vano alivio me procuro  
á la orilla del lento Manzanares.  
A Dios, Córdoba, á Dios, vela por ella,  
y si es feliz bendeciré mi estrella.

MOTEZUMA.

## MODAS DE PARÍS.

### PARA SEÑORAS.

**D**espues de la cachemira, cuya soberanía es absoluta, viene el pardesus. El pardesus en el teatro, en el baile, en concierto, en la iglesia, en visitas, en todas partes por último, manifiesta casi siempre el verdadero valor de la fortuna ó de la categoría de una muger. Llámese capa ó pelisa, crispin ó manton, manteleta ó polonesa, twid, paletot, todos los nombres en fin con que se distingue esta especie, cualquiera que sean los adornos que le acompañen, tendrá siempre en su corte y en la justa repartición de sus adornos, un estilo particular que revela el origen de una primera casa, ó de una casa secundaria.

Antes de hablar de los pardesus que se quitan y vuelven á tomarse en la antesala, diremos una palabra de los que han sido adoptados este invierno para las visitas de la tarde, visitas tan cortas que entre comer y acostarse hay tiempo de ver una docena de amigos. Estos pardesus son de colores no fuertes, co-

mo rosa, azul cielo, paja ó malva; tienen poco vuelo y se abren de modo que pueda lucir el traje interior. A este fin, el corpiño vá enjaretado por la espalda y abierto por delante hasta la cintura, y rodeado de un gran cuello doblado que se levanta al tiempo de subir al coche. Este pardesus vá guarnecido de un encaje ancho todo alrededor, ó bien de armio, y para las muy jóvenes, con tres ó cuatro ruches de cintas, y siempre de una excesiva elegancia.

Vienen en seguida las capas manteletas de terciopelo, rodeadas de piel ó de jais abiertas por los lados, y acordonadas, así como sus anchas mangas, de pasamanería; son de raso matizado de todos colores con dos hileras de encaje negro, ó de anchas franjas aterciopeladas de Sorre-Delisle, que reúne hoy día las mas preciosas novedades para guarniciones de terciopelo, raso &c.; — Capas de terciopelo otomano bordado de pasamanería; — de cachemira verde oscuro, azul Napoleon, bronce de Marruecos, forradas de cachemira color de naranja, punzon, verde inglés, con un cordón al rededor del cuello que forma en su extremo un ojal para abrochar en él una bellota de seda; — de lebantina camaleón toda forrada de marta, ó de raso escocés con una esclavina ovalada, cortada de modo que los cuadros se encuentran en corte diagonal por todas partes; — capas cortas de franela escocesa con un ligero rivete de terciopelo, y por último de terciopelo escocés, guarnecidas con dos hileras de cinta de terciopelo liso muy oscuro.

Las MEDIAS-AMAZONAS continuarán llevándose este invierno para las escursiones matutinas; porque el paño es una vestimenta tan cómoda, que las señoras, despues de haberlo abandonado hace mucho tiempo, han vuelto á su uso con mucho empeño. Estos vestidos, muy altos y cerrados, deben ser bordados, ó ricamente guarnecidos de pasamanería: las mangas de codos cubiertas de escusones hasta medio brazo, un cuellecito redondo y alguna vez dos esclavinas. Madama Clemencon hace, principalmente para estas amazonas, unos corpiños tan preciosos, cortados con tanta habilidad para hacer alargar el talle y dibujarlo bien, con pequeñas ballenas flexibles y colocadas con tanto arte, que gracias á estos corpiños, la moda de los vestidos lisos y ajustados se sostendrá mucho tiempo, y la coqueteria femenina le es deudora de numerosos favores.

### REMITIDO.

Solucion de la charada inserta en nuestro número 40.

El so á los burros detiene,  
La sota al caballo sigue,  
Y una sotana que abrigue  
El invierno me conviene:  
La sonata me entretiene  
Cuando sale bien tocada;  
Así queda desatada  
Toda la dificultad,  
Y patente la verdad  
De la graciosa charada.

A. R. D. Y V.